

## "EL CARDO DE BRONCE" Y LA POESIA ITALIANA



talia es un país brillantemente hermoso. La belleza, en Italia, es un emocionante ritual de dulces y musicales palabras. Las dulces y musicales palabras de este hermoso país brillante parecen estar silabeadas para poder conseguir una aproximación, casi sin apenas esfuerzo ninguno, a la poesía. Italia, de por sí, es país natural y sobradamente poético. La poesía e Italia son dos excesos del ser y el existir que caminan muy emparejados y perfectísimamente bien avenidos. Paisaje y palabra se reclaman mutuamente en ese subyugante país maravilloso que es la península italiana. En el idioma de Dante y de Petrarca, de Pascoli, D'Annunzio, Lucini, Govoni, y Palazzeschi, Clemente Rebora y Dino Campana, Saba, Ungaretti, Montale, Quasimodo y Penna, Mario Luci, Erba, Pavese, Pasolini, y Alfredo Giuliani, -que es idioma dulcísicamente musical, terso y limpio, palabra levantada en expresiva música invulnerada- brillan torrecillas y campaniles; se reflejan olivos y cipreses, terradillos y collados, valles y ríos, recoletas plazas y atrios conventuales; cruzan ciudades apresuradas y cosmopolitas, y tumultuosas y caudales aguas de pensamiento, de pasiones y de existencias redondas y enteras. Italia es una nación transparentemente poética. Poéticamente transparente. Poesía que es transparencia y transparencia que es poesía. La bellísima y dulce lengua italiana parece estar levantándose -por las colinas de sus dialectos regionales, por los senderuelos de la Umbría y la Toscana, por las tierras y ciudades del sur y el norte, del allá y el aquí- con voluntad y afirmación de un arte que transfigura y serena mucho el sentimiento, y la decisión amable por la caricia que se remonta y roza el corazón; y los sueños que persiguen el rumor callado y alto que siempre permanece luego de escuchar un poema de Ungaretti, de Montale o de Quasimodo; o la voz arrobada de una muchacha, de un niño asomado desde las ventanas de su inocencia a las callejas de Nápoles, a la luz atardecida de Orvieto, a las silenciosas placetas de Trieste, al palpitante corazón de las fontanas adolescentes e inusitadamente virginales de los rincones más entrañables de Roma, por donde deambula Antonio Greggio sus paseos arquitectónicos; o la inspiración va revestida de pontifical camino de Vía Véneto como un ilustre cardenal renacentista que no perdiese nunca sus jardines ni su compostura. Es Italia un país brillantemente hermoso. Desde los alrededores de este sol y esta anchura -como dijera Eladio Cabañero, el muy honrado y poeta de bien de Tomelloso, lugar este de cardenchas en flor extensísimamente alucinadas- se le tiene mucha voluntad de afirmación a la poesía italiana. Los cuadernos de poesía y pensamiento "El Cardo de Bronce", ya desde su primera salida se han estado permanentemente acercando, de la mano patriarcal y queridísima de Angel Crespo, a la poesía italiana. La poesía italiana es poesía de gran devoción y profundo arrimo para quienes se nos concedió, inapreciable regalo, vivir los más hermosos años de nuestra vida estudiantil en la patria de D'Annunzio. Con cuantísimo fervor, con qué entusiasmado deleite, se nos hicieron gozosísimamente familiares, en el tiempo aquel, los